

Poemas de la victoria

POEMA INSPIRADO EN LOS TESTIMONIOS DE VÍCTOR Y SARA TEJADA

I.
Fotodinamia
todos los días
en mis piernas
en mi cara
en mi vientre

atravieso
con Soledad
las aguas de otro mar
al que no sé ingresar,
el de la esperanza y la constancia
mientras supere mi lucha contra la muerte.

II.
Víctor,
¡victoria!
el himno que tanto añoro
mientras mi hija
con sus treinta primaveras
me observa
preocupado
contar sus lunares
para que no se repita
y el cáncer de piel
no le arranque a ella los sueños.

III.
Caminamos juntos
este sendero
insuperable

cada consulta
la suma de puntos y marcas en mi piel
labran el mañana que se repite
a tu lado,
compañera

mientras la visión de mis ojos
se nubla
y acudo a tu recuerdo
a tu sonrisa
la raíz de mi lucha,
la de todos los días.

IV.
Guardo mi piel
en la ropa
para que sea libre

las laceraciones
que me inscriben
se tornan promesas
de un sol con mañana.

Erika Almenara

ealmenara2005@gmail.com

Erika Almenara es profesora de literatura y cultura en la Universidad de Arkansas. Doctora en estudios culturales por la Universidad de Michigan, Ann Arbor y especializada en crítica cultural y teórica, estudios subalternos, y violencia en los Andes. En la universidad de Arkansas imparte cursos que abordan temas como la masculinidad, la literatura latinoamericana contemporánea, la intersección entre estética y política y la escritura del trauma. Almenara ha publicado tres libros de poesía Reino Cerrado (2006), Para evitar los rastros (2009) y PERHAPS (2018). De igual manera ha colaborado en distintas antologías de cuento; "Nosotros no somos los únicos conspiradores," su obra más reciente, ha sido incluida en el volumen 21. Relatos sobre la Independencia del Perú (Ediciones Copé de Petroperú, 2019).

Relatos

DE CÁNCER DE PIEL

Contados por Escritores

"Una luna que nunca hubiese salido"

RELATO INSPIRADO EN EL TESTIMONIO
DE VIVIANA MARCELA BARRERA

Lo había tenido ahí toda mi vida.

Era tan lindo, yo le decía a mi mami, –mami, mi lunar, ¡tan lindo!, ahí, adornando mi pie izquierdo, ahí, abajito del tobillo, ahí, muy cerquita del talón.

Era como una sombrita, una pequita, una nube oscura pequeñita, de las constelaciones de mi cuerpo, una manchita estelar...

Mi lunarcito menguante, al igual que la luna, tenía su lado más oscuro.

Curiosamente, no fue la dermatóloga la que se me fijó en el lunar. Fue mi ginecóloga la que lo detalló. –Vivi, mirá, ¿vos sí te has visto ese lunar en tu tobillo?, está como raro.

–¿Raro? Cómo así que raro, a ver lo veo–, me agarré el pie y lo volteé hacia mí, –yo no le veo nada.

–No, Vivi, en serio, ese lunar se ve raro... ¿Vos sos de las que te asoleás mucho?

Y yo, ¿qué? ¿este lunar es por el sol? Si ni siquiera se deja ver cuando estoy al aire libre... Además, pensaba, yo nunca fui la típica mujer deirme a broncear cada ocho días a la piscina como lo hacían mis amigas. –¿Qué si me gusta asolearme? ¡Claro! Como a todas. Con bloqueador, a veces con bronceador, lo normal...

–Vení te pongo en contacto mejor con una dermatóloga amiga para que te lo vea, así las dos salimos de dudas, ¿te parece?

Y así lo hizo. Mi ginecóloga me cuadró una cita con su amiga dermatóloga para el dos de septiembre.

¿Yo? Tranquila. Es que yo era de las que pensaba que eso le pasaba a los demás. Al de al lado, quizás, pero ¿a una?, jamás.

Si una fuera así toda blanca, blanca y lunareja, ahí sí, pero ¿a mí? Miráme, yo soy más morena que blanca, ni siquiera necesito broncearme.

Yo le decía a mi mami, –¡mami!, eso es no más un lunarcito, me lo ven, y si algo, me lo quitan, y ya, no pasó nada...

Andrés Aluma-Cazorla, PhD

a.aluma@gmail.com

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores

"Una luna que nunca hubiese salido"

RELATO INSPIRADO EN EL TESTIMONIO
DE VIVIANA MARCELA BARRERA

Andrés Aluma-Cazorla, PhD.

a.aluma@gmail.com

Hay fechas que parten la historia en dos.

La mía, también fue un 11 de septiembre. Eso fue un miércoles que me llamaron para ir a una segunda cita con la dermatóloga que me recomendó la ginecóloga.

Yo pensé que con la primera cita era suficiente, que con la muestra que me sacaron de mi lunar, ya estaba todo solucionado y que me iban a llamar por teléfono para decirme que no era nada.

Pero no.

Me llamaron más bien como con misterio, y me dijeron que tenía que ir en persona de nuevo, así que para la segunda vez fui con mi mamá, porque yo le insistí que viniera conmigo.

Llegamos a eso de las 9 de la mañana. Ni bien nos anunciamos en la recepción, no nos dieron ni siquiera tiempo para sentarnos en la sala de espera, nos hicieron pasar enseguida, rapidísimo, al área de los consultorios de especialistas.

Allá adentro, quien nos recibió no fue la doctora asistente de la última vez, si no la doctora en jefe. Ahí fue que empezó a darme como un poquito de miedo, cuando vi que la doctora estaba lo más de seria. Eso sí, se presentó muy amablemente, saludó a mi mamá, y de ahí, revisó los resultados de los exámenes que me hicieron la semana pasada. Después, se me puso a ver todos los otros lunares que tenía en mi cuerpo, "por si acaso", dijo.

–Vivi, – me empezó a decir la doctora, – esto es urgente y tenemos que correr.

...

–Eres afortunada, es un diagnóstico a tiempo. – dijo. – Gracias a Dios, está muy superficial. Pero, Vivi, necesitamos correr...

...

– No puedes darme ninguna excusa, Vivi, esto es urgente, necesitamos correr muchísimo y operarte pero lo que es, ¡ya!

...

–Es un tipo de cáncer muy agresivo, y por este diagnóstico, tienes que empezar a cuidarte muchísimo.

...

–El personal de la clínica te va a separar el quirófano, y por la gravedad del asunto, con seguridad tu póliza médica te va a remitir a cirugía muy pronto. ¿Vives con alguien?

...

– Vivi, qué bueno que tu mamá te acompañe y que esté contigo durante todo este proceso. Necesitas conseguirte unas muletas para la recuperación, porque la operación es en un punto muy difícil, te va a impedir caminar por unos meses, así que debes tener mucha paciencia. Debemos empezar ya, que esto es urgente... necesito urgente operarte.

Relatos

DE CÁNCER DE PIEL

Contados por Escritores

"Una luna que nunca hubiese salido"

RELATO INSPIRADO EN EL TESTIMONIO
DE VIVIANA MARCELA BARRERA

Andrés Aluma-Cazorla, PhD.
a.aluma@gmail.com

El diccionario

Y yo, que pensaba que podía leer y escribir, me encontré de pronto aprendiendo de nuevo el abecedario... que la "A", de "asimetría", la que busca lunares con "a" de anormales; que la "B", de "bordes", como lunares de bordes irregulares; la "C", de "cambios de color", como los lunares de muchos colores; que la "D", de "diámetro", la que busca lunares que crezcan más de seis milímetros; la "E", de "evolución", como la de los lunares que evolucionan y causan picazón o sangrado.

Y yo, que pensaba que dominaba el español por mi trabajo de leer, redactar, editar, una y otra vez, cientos de contratos de pauta publicitaria para las revistas del periódico; me vi aprendiendo un nuevo idioma con expresiones cargadas de melanocitos, melanos, lentiginosos, acrales...

Ni siquiera sabía que a un tipo de cáncer de piel le llamaban melanoma, ni que la biopsia se podía conjugar.

Preferiría no haber ampliado mi diccionario, ni saber que existe el "melanoma lentiginoso acral". Ni aprender que es la variante más común en la población de raza negra e hispana. Que lo acral significa que se presenta en la zona de los pies, las manos y las uñas. Que generalmente se detecta en estadios avanzados, y por eso, que el pronóstico no suele ser bueno...

¿De qué me sirve aumentar mi léxico, si todas las palabras son sinónimas de terror?

La noche anterior.

Mi mamá me ayudó a empacar porque yo no tenía idea qué poner en la maleta. Es que una sólo empaca cuando se va de paseo, como la última vez que me fui de viaje con mis amigas a Cartagena... Ay, como la pasamos de rico. Cuando saqué la maleta debajo de la cama, aún había en el forro algo de arena de playa...

Yo le decía, -¿Pero qué es todo esto, mami? Si ayer estaba lo más de bien, esto no me puede estar pasando a mi...

-Empiece por empacar ropita cómoda, hija, -me decía mi mami.

-Ay, mamá, mami, madrecita... ¡yo no quiero ir allá!... mami, ¡ven! ¡quédate conmigo!, tantos años que dizque me las daba de muy autosuficiente por haber logrado vivir sola en esta ciudad, y ahora no puedo imaginarme estar sin ti.

Ella me miraba, y me dejaba llorar mientras buscaba mis cosas y las empacaba al lado de la ropa que creía me iba a servir en la clínica, para el día de la operación...

¿Mañana es el día de la operación?

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores

"Una luna que nunca hubiese salido"

RELATO INSPIRADO EN EL TESTIMONIO
DE VIVIANA MARCELA BARRERA

Andrés Aluma-Cazorla, PhD.
a.aluma@gmail.com

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores



¿Y si me encuentran otras cosas en la cirugía?, ¿si la enfermedad se propaga?, ¿y si el dolor es tan insoportable cuando me despierte? ¿y si no me despierto?

Si me estaba jugando la existencia, ¿cuántas cosas necesitaba para empacar mi vida?

"Tenemos que correr muchísimo, Vivi"

Pero yo me sentía caer al vacío por el efecto de la anestesia...

Leí el otro día que Bob Marley, el cantante de reggae, se murió justamente de lo mismo que me detectaron a mí. Lo de él fue una mancha negra debajo de la uña. Luego de una biopsia, le diagnosticaron un melanoma lentiginoso acral. Como el mío: maligno.

Yo tuve mejor suerte, ¡estoy viva!

Mi diagnóstico fue temprano, fui tratada en una clínica estupenda, me atendieron los mejores médicos... no me imagino si me hubiera tocado en otro lugar sin medios.

Poco a poco estoy saliendo de esa sensación de irrealidad nebulosa que lo envolvía todo. Tengo a mi mami ayudándome con las muletas, las dos estamos en mi apartamento, contamos con todos los servicios, tengo internet, agua potable, luz, energía, gas... Si hace frío, prendo el calentador, si hace calor, el aire acondicionado. Es que tengo que ver las cosas buenas, porque este posoperatorio es un proceso largo de visitas, pruebas, fisioterapia, y largas horas y días de recuperación incómoda, dolorosa.

Después de dos meses de estar viviendo con mamá, tenía días que no podía pararme de la cama, me paralizaba el miedo que la herida se fuera a abrir por el lugar donde estaba, y por el tamaño.

Me habían hecho un agujero de cinco centímetros de diámetro entre mi tobillo y mi talón. Era espantoso. Las enfermeras disimulaban su cara de asombro cuando me veían esa cicatriz con 14 puntos, entre externos e internos, como si fuera el remiendo del pie de una muñeca de trapo, ahí, donde estaba mi lunar que era tan bonito...

Mi lunarcito menguante, al igual que la luna, tenía su lado más oscuro. Había tenido la ilusión de que mi lunar no fuera más que eso, una luna que sale y se va...

Una luna que nunca hubiese salido.

"Una llamada para aceptar lo que pasó"

María Cristina Restrepo

Fue necesario que la doctora preguntara por teléfono si me gustaría escribir sobre mi experiencia con el cáncer de piel, para entender la trascendencia de lo que había sucedido.

Reconozco que dudé antes de comprometerme. Hace más de diez años padecí cáncer de seno, a raíz de lo cual publiqué un libro. Una experiencia difícil, aunque suene a lugar común: la sorpresa del diagnóstico, la incredulidad, los tratamientos, el dolor, la lenta recuperación. Los largos meses en una especie de limbo hasta regresar a la normalidad, a la vida de antes de que el azar, o los genes, o la falta de defensas, o lo que fuera, hubiera llegado con semejante sorpresa. Entonces comprendí en mi interior algo que sabía intelectualmente: que esta cualidad de sorprender es una de las grandes constantes de la vida. Que ella se caracteriza por ofrecer lo inesperado en cuestión de un segundo, y que el fin de la vida no es algo que sólo les ocurre a los demás.

Fueron días de una intensidad que no puede olvidarse, de aprendizaje y de fortalecimiento de las relaciones con los familiares y amigos que se congregaban en torno mío. Pero también de aquellos que, obedeciendo a un prejuicio subyacente, juzgaban y condenaban: "tuviste cáncer porque te sentías culpable de algo". "Tuviste cáncer porque viviste un mal matrimonio". "Enfermaste de cáncer porque tenías rabia". "Te dio cáncer porque no supiste manejar el estrés y se te bajaron las defensas".

No entendía la insistencia en asegurar que si me hubiera abstenido de actuar de tal, o cual manera, si hubiera hecho o dejado de hacer, si hubiera dicho o callado, la enfermedad se habría mantenido al margen y mi vida no habría estado amenazada, como si esto no ocurriera en todo momento. De haber obrado bien, mi familia no habría tenido que pasar por ese proceso doloroso para ella, y yo habría sido alguien tan normal como las personas sanas que dictaminaban sobre mi mala conducta.

Por esto, y quizás por un mecanismo de defensa que me llevaba a no querer saber nada más sobre esa enfermedad y sus implicaciones, me pareció que el cáncer de piel era una forma menor de la enfermedad. Como una gripe, digamos, comparada con una neumonía. O como una cirugía de amígdalas, comparada con una de corazón abierto. Influyó el hecho de que tantas personas de mi edad hubieran tenido cáncer de piel. Alguno de mis hermanos, una que otra amiga, sus maridos, conocidos.

Decisivo para ignorar lo que me había pasado, fue el silencio de aquellos acusadores del pasado. Esta vez nadie dijo nada. Ahora se encogían de hombros al saber que debía someterme a una cirugía. En lugar de señalar, aseguraban en algunos casos que ellos también habían pasado por una experiencia similar. Luego cambiaban de tema, como si no fuera necesario ahondar más en el asunto.

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores

"Una llamada para aceptar lo que pasó"

María Cristina Restrepo

Indudablemente, tuvo que ver con mi negación inicial el entorno que me recibió cuando visité por primera vez la clínica especializada en cáncer de piel, atendida por una cirujana con merecida fama de excelencia. Al llegar me sorprendió la amabilidad de las personas que allí trabajaban, incluido el vigilante del parqueadero, un hombre joven que sonrió como si me dispusiera a entrar a una fiesta. No recibí ni una sola respuesta cortante, no hubo ninguna traba. Únicamente sonrisas, como si el sol de esa brillante mañana, los grandes árboles que rodeaban la edificación que antes había sido una casa de familia en un barrio residencial, el rumor de una quebrada, la tibieza del clima, conspiraran para hacerme creer que se trataba de una especie de agradable paseo.

Al subir a la sala de espera en el segundo piso, volví a encontrar los rostros sonrientes de las niñas que atendían, una máquina para hacer café, un botellón de agua, los asientos en hilera frente a un amplio ventanal por donde entraba la luz cristalina de antes del mediodía. Las personas que esperaban a ser atendidas tenían aproximadamente mi edad. Un sacerdote algo mayor, un par de señoras que también habían renunciado a pintarse las canas.

Si la sensación de calma era tan contundente afuera del consultorio de la doctora, al verla sentí una inmediata corriente de simpatía. Su rostro me era familiar. Tal vez la había visto en la Universidad cuando ella era estudiante y yo trabajaba allí. Quizás en alguno de los seminarios de medicina que organicé. Comprendí que estaba en las mejores manos profesionales y humanas. Acepté lo que propuso, firmé una autorización y regresé a casa dispuesta esperar tranquilamente el día de la operación, un procedimiento largo pero sin dolor, salvo los iniciales pinchazos.

La palabra cáncer, lo que se dice cáncer, aquella enfermedad tan atemorizante que había padecido años atrás, no aparecía en mi horizonte. Siguió sin mostrarse durante una convalecencia carente de molestias. Apenas ayer, cuando sonó el teléfono y oí la voz dulce de la doctora, sentí miedo. La sombra de la muerte había vuelto a asomarse a mi vida sin que yo hubiera querido reconocerla.

De repente pesaron sobre mis hombros los once años transcurridos entre la primera experiencia y esta, para finalmente comprender que en ambos casos el fin de la vida se había insinuado con completa claridad. Era cuestión de tiempo, nada más.

Pensé que habría podido evitar esta forma de cáncer, cosa que no habría podido hacer con el de seno. O tal vez no. Nunca se sabe. En todo caso reviví los lejanos tiempos de las vacaciones en Cartagena. Las caminatas en bikini por la playa, bajo los rayos de aquel sol implacable. Volví a oír las conversaciones con las amigas alrededor de una piscina, a recordar cómo me esforzaba por alcanzar el bronceado perfecto, en la piel perfecta de una adolescente. Lamenté la falta de consciencia que teníamos en aquel tiempo sobre la necesidad de proteger la piel del sol y de otros agentes nocivos. Ni un anti solar, ni un sombrero, ni un pareo que cubriera las piernas.

La enfermedad me daba de nuevo una oportunidad para darle sentido a esta cosa frágil que es la existencia. Qué tan larga o tan corta sea, es un interrogante sin una clara respuesta, al menos por ahora.

Gracias a lo sucedido, vuelvo a recordar la importancia de guardar respeto por este cuerpo en el que habito, recibiendo de manera consciente las lecciones que a diario me ofrece. Debo vivir consciente de los motivos para crecer y esperar sin temores un final que de aquí en adelante no dejará de insinuarse una y otra vez.

Relatos

DE CÁNCER DE PIEL

Contados por Escritores



Andrés Pérez Sepúlveda
sepulvedaandres@gmail.com

Andrés Pérez Sepúlveda (Caracas, 1981) es Doctor en Historia Latinoamericana (e) por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Actualmente vive en Quito y es docente en la Universidad de las Américas. Se especializa en estudios que cruzan las producciones artístico-culturales con la historia del continente hispanoamericano.

Las marcas que nos distinguen

Hélíos era el nombre del dios griego que representaba al sol, entre sus hermanas contaba con la hermosa Eos, encargada de anunciar la aurora. No dejo de pensar en esta feliz asociación de la mitología griega y el nombre de la mujer a la que debo entrevistar: Sol Beatriz Abad Faciolince. Hija del doctor Héctor Abad Gómez y doña Cecilia Faciolince García, además la menor de una familia de seis hijos. Nació un 13 de septiembre de 1961 y a sus 58 años se manifiesta con una alegría y entusiasmo que irradian un calor cercano. Mientras hablo por teléfono con Sol Beatriz, voy descubriendo un mundo interior lleno de muchas anécdotas de vida, cosas de su infancia y la relación con sus hermanos. También la influencia y apoyo del padre cuando le contó que quería ser médica, igual que él. Las ventajas de estar casada con un hombre que cultiva el amor por el campo, entre otras historias que trato de tejer en mi mente, con el objetivo de proporcionar un orden en el relato.

Estoy jubilada desde hace un año comienza a contar, mientras al fondo se oyen sonidos de aves, una señal de que está hablando desde su casa campestre en las afueras de Medellín y aun así no he dejado de trabajar. Ahora formo parte de la Secretaría de Salud de acá del Municipio de Rionegro, es una prestación de servicios que hago y con ello retorno al ejercicio de la medicina. Mis jornadas de trabajo flexibles me permiten descansar y pasar tiempo en casa con mi esposo y, a veces, con mi mamá que también vive cerca. En estos tiempos pandémicos, volver a la salud pública me resulta algo muy importante, ya que soy formada en el área de la epidemiología.

Cuando Sol Beatriz le contó al padre que quería ser médica, este no logró contener la felicidad y el orgullo que le proporcionaba ver a su hija seguir los mismos pasos que él. El doctor Héctor Abad Gómez fue profesor de la Facultad de Medicina en la Universidad de Antioquia, además de sus extraordinarias dotes como médico, preocupado por la salubridad pública, fundó la Escuela Nacional de Salud Pública, cuya sede se encuentra en Medellín, la misma que hoy lleva su nombre en alto para recordar a la posteridad la grandeza humana y no sus miserias. Aún cursando estudios en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), y a pesar de sentirse insegura de sí misma al principio, el padre la presentaba a sus amigos con la frase: "Esta es mi hija, la médica".

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores



Las marcas que nos distinguen

Andrés Pérez Sepúlveda
sepulvedaandres@gmail.com

Yo me gradué en diciembre de 1987. En agosto de ese mismo año ocurrió el asesinato de mi padre. No había ánimos para celebrar, porque todos estábamos muy tristes. Un año antes, en diciembre de 1986, me casé: tenía 25 años. El año rural lo hice en Bello, municipio antioqueño muy conocido en ese entonces porque ahí operaban bandas criminales. Fue a través del gobernador del Departamento, Antonio Roldán, que logré conseguir mi rural en esa localidad, porque no quería estar lejos de mi familia ni de Medellín; luego de eso trabajé en el Municipio de Sabaneta. En Bello también tuve un aborto espontáneo.

Sol Beatriz me cuenta parte de su experiencia laboral: catorce años de trabajo en Suramericana, una empresa promotora de salud. Durante ese período comprende la realidad de la salud pública en Antioquia y aquello le genera un conflicto personal. Con su especialidad médica se abre un nuevo camino y es ahí cuando ingresa al Departamento de Epidemiología del Hospital San Vicente de Paúl. En esta institución médica encuentra su verdadera vocación y la combina con otra que le nace del corazón: el amor que siente por sus dos hijos, María Adelaida y Miguel. La primera cuenta con 29 años y, también, ejerce la medicina; actualmente está terminando su especialidad en dermatología. El otro es un año menor a la hermana y es ingeniero industrial. Su esposo, Diego Garcés, es un amante de la naturaleza, pasión que combina con el sector de bienes y raíces. Cariñosamente, ella le apoda "El jardinero fiel". Me causa gracia ese apodo, porque le explico que es el título de una novela homónima de John le Carré, una historia que fue llevada a la pantalla por el director brasileiro Fernando Meirelles en el 2005. Obviamente, ella ya lo sabe. No cabe duda, a Sol Beatriz le encanta estar rodeada de su familia, aunque cuando habla de su padre el talento por contar anécdotas le surge de manera espontánea.

"No te asolees", me decía siempre mi papá. Yo tenía apenas 11 años cuando a mi hermana Martha Cecilia, le diagnosticaron un melanoma que terminó por apagar su vida muy temprano, contaba apenas con 16 años. Esto nos dejó a todos devastados. A mí me gusta hacer actividades al aire libre y disfruto mucho montar en bicicleta. Hace unos años me percaté de una pequeña herida en la nariz; sospeché, pero rápidamente lo evadí. Luego, me volvió a salir la herida en el mismo sitio y fue ahí cuando decidí consultar a un especialista. Los exámenes arrojaron carcinoma basocelular morfeiforme, lo que equivale a decir una forma de cáncer de piel.

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores

Las marcas que nos distinguen

Andrés Pérez Sepúlveda
sepulvedaandres@gmail.com

En efecto, este diagnóstico constituye el cáncer de piel más común y está asociado a la exposición prolongada con el sol. El riesgo de mortalidad no es muy alto, pero requiere generalmente de una intervención quirúrgica para eliminar las lesiones; estas aparecen con frecuencia en el rostro y el mayor temor de los pacientes está en las marcas que la remoción de las mismas le puede generar. Sin embargo, existe un método llamado cirugía micrográfica de Mohs, que es altamente efectivo para quitar estos tumores, delimitando mejor la lesión y ahorrando tejido sano. El fenotipo de Sol Beatriz, mujer rubia y de ojos claros, sumado al antecedente familiar, la hacen proclive a este tipo de cáncer de piel.

Al principio fue muy difícil, porque antes había tenido un accidente de tránsito que me dejó algunas marcas. Y, pues, yo no quería tener cicatrices en la cara, pero con el tratamiento sugerido por los especialistas se logró recuperar mi piel sin que se notara la cirugía en la nariz. Luego mi hija identificó una lesión cerca de mis párpados, el diagnóstico fue el mismo y por eso tuve que someterme de nuevo a una intervención. Ahora busco generar una pausa en mi vida, no más exceso de trabajo y mayor cuidado de mi salud, al menos de mi piel que tanta importancia ha tenido en nuestra familia.

Ha llegado el momento de culminar la entrevista y me siento profundamente agradecido por la receptividad. Reconozco en la familia Abad Faciolince una distinción que los caracteriza como parte de la sociedad colombiana: un padre víctima de la violencia, pero también la de su viuda e hijos que han sorteado los obstáculos y permanecen unidos. Antes de proceder a redactar esta pequeña crónica, no dejaba de reflexionar en torno a la importancia del autocuidado en una época que propicia tanto el temor a la enfermedad, debido al estigma social que suele acompañarle. Sol Beatriz comparte otro rasgo con algunos miembros de su familia, una historia en torno al cáncer. De ahí la importancia de conocer para prevenir, ambas resultan estrategias útiles. Precisamente, la vulnerabilidad constituye uno de los principales rasgos humanos y eso es justamente lo que marca la diferencia.

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores



Lo que de ti aprendí

RELATO INSPIRADO EN EL TESTIMONIO
DE JAVIER FRANCO

Javier tenía 59 años cuando falleció, 57 cuando le diagnosticaron cáncer de piel. Su historia me la contó su hija, María Camila, quien desde un primer momento fue enfática en los hábitos saludables que su papá llevó a lo largo de su vida, y del carácter fuerte y valiente que lo acompañó hasta el día de su muerte. Durante la juventud, Javier estuvo expuesto al sol, entre otras cosas porque generalmente practicaba tenis al medio día. Esto le causó algunos problemas de piel y un primer diagnóstico de un carcinoma basocelular, un tipo de cáncer que aunque puede ser agresivo a nivel local, no se esparce como otros. Desde entonces, Javier tenía un cuidado más consciente de su piel y visitaba regularmente al dermatólogo.

Pero fue una noche, mientras cenaban en familia, que Javier sintió una molestia en el lóbulo de la oreja, una bolita diferente a los granitos que normalmente le salían en la cara, "como una lenteja oscura", dice María Camila. Como no se parecía a nada de lo que antes se había manifestado en sus problemas de piel, su familia y amigos le sugirieron consultarlo y finalmente la dermatóloga decidió remover la bolita. Después de algunos estudios, se concluyó que la lesión era un melanoma invasor con un nivel de profundidad de cuatro milímetros.

En adelante se vendrían chequeos constantes para mantener el control sobre posibles células tumorales en otros lugares. Fueron dos años de estrés, de sentirse rodeado por las posibilidades y la incertidumbre. Pero también fueron dos años de no sentir molestias físicas ni percibir esa presencia invisible de la enfermedad, lo que a su vez lo llevaba a preguntarse cuándo empezaría a doler, cómo sería ese dolor, qué pasaría después. El cáncer es como un fantasma, que se manifiesta solo cuando quiere, y logra asustarnos como puede.

Al cabo de dos años, Javier se sintió un ganglio inflamado cerca al lugar donde había tenido la primera lesión. Después de una biopsia y varios exámenes para determinar el daño de las células malignas, y también para tomar decisiones sobre extraer los ganglios cercanos a esta zona, los médicos se encontraron con la sorpresa de que el cáncer se había esparcido más de lo que sospechaban. Había logrado engañar las primera pruebas y pasar desapercibido en los chequeos que Javier se había realizado sólo quince días antes.

Las opciones entonces no eran muchas, ni muy alentadoras. Javier inició su tratamiento en un programa experimental del Hospital Pablo Tobón Uribe. "Aquí –dice su hija– es donde empieza realmente todo".

Los primeros seis meses después del diagnóstico, Javier no sufrió los efectos adversos de la quimioterapia y su salud física se mantuvo estable. Sin embargo, fueron seis meses de esa lucha que se da

Valentina Toro G.
valentina.tg.29@gmail.com

Relatos
DE CÁNCER DE PIEL
Contados por Escritores

Lo que de ti aprendí

RELATO INSPIRADO EN EL TESTIMONIO
DE JAVIER FRANCO

Valentina Toro G.

valentina.tg.29@gmail.com

desde el ser, una lucha consigo mismo para aceptar un horizonte más incierto, más intangible. Pensar en la muerte es en sí misma una lucha contra la enfermedad, una lucha contra nuestra propia finitud. Luego de esos seis meses, la quimioterapia no funcionó como se esperaba y el cáncer logró esparcirse por todo el cuerpo y hubo que extraer algunas metástasis de la cabeza, no con la esperanza de curarlo, sino de aliviarle los dolores que le provocaban.

María Camila hace una pausa en la historia médica de su papá, para contarme lo mucho que la marcó la actitud que él tomó frente a lo que vino después. Algunas veces, aunque el pronóstico estaba claro y era casi una sentencia, Javier se levantaba con ganas de seguir luchando, de seguir viviendo y seguir recorriendo el camino de su propia vida. Se mantuvo fuerte y decidido a ponerle la mejor cara a su enfermedad, y se encontró navegando en esas aguas turbulentas acompañado de todas las personas que lo respetaban y apreciaban profundamente, porque eso, cuenta María Camila, fue una de las muchas cosas que su papá cultivó: un cariño que se manifestaba en todos los que lo rodeaban.

Fueron muchos los mensajes y las visitas que durante su tratamiento lo hicieron sentir amado y acompañado. Y también fueron muchas las conversaciones que tuvo con su familia, sobre el cielo, sobre los pájaros y las estrellas y las cosas que antes parecían simples, pero que ahora cobraban un sentido diferente porque al compartirse se hacían más bellas. En los últimos meses del 2014, cuando tenían que hospitalizarse una y otra vez en el Pablo Tobón, María Camila salía de la universidad y se iba derecho a visitarlo, caminaban por los corredores del hospital para hacer los ejercicios que el fisioterapeuta le mandaba y miraban las lucecitas de navidad. Estas caminatas son un tesoro que María Camila conserva en su memoria.

A pesar de los esfuerzos, suyos y del personal médico, no fue posible ganarle la pelea al cáncer. María Camila cuenta que su papá despertaba un cariño extraordinario en los médicos que lo trataban, y fue con ese mismo cariño que un día, cuando ya los dolores eran tan fuertes que la morfina lo mantenía medio dormido, uno de los médicos entró a su habitación y le dijo: "No pudimos, Javier, no pudimos".

Son muchos los recuerdos, muchos los momentos dolorosos, pero también los bonitos, los que a través del sufrimiento hacen más fuertes los lazos y dejan grabadas en el corazón unas sonrisas que son indelebles. Dicen que la enfermedad es como una vida dentro de otra vida, porque se aprende a vivir de nuevo, se vive de una forma que antes no se creía posible.

María Camila concluye la historia de su papá diciendo que el cáncer es una de esas cosas que todos conocemos, pero que consideramos ajena, que siempre les pasa a otros, que nunca nos va a tocar. Dice que no hay forma de expresar lo que se vive a través del cáncer de un ser querido, que las palabras quimioterapia, radioterapia, caída del pelo, no significan nada, porque no son nada.

El melanoma es el tercer caso de cáncer de piel más común y uno de los que más muertes cobra. Si no se detecta a tiempo puede producir metástasis, por eso es importante consultar cualquier cambio o lesión en la piel y visitar a un dermatólogo con regularidad.

Relatos

DE CÁNCER DE PIEL

Contados por Escritores